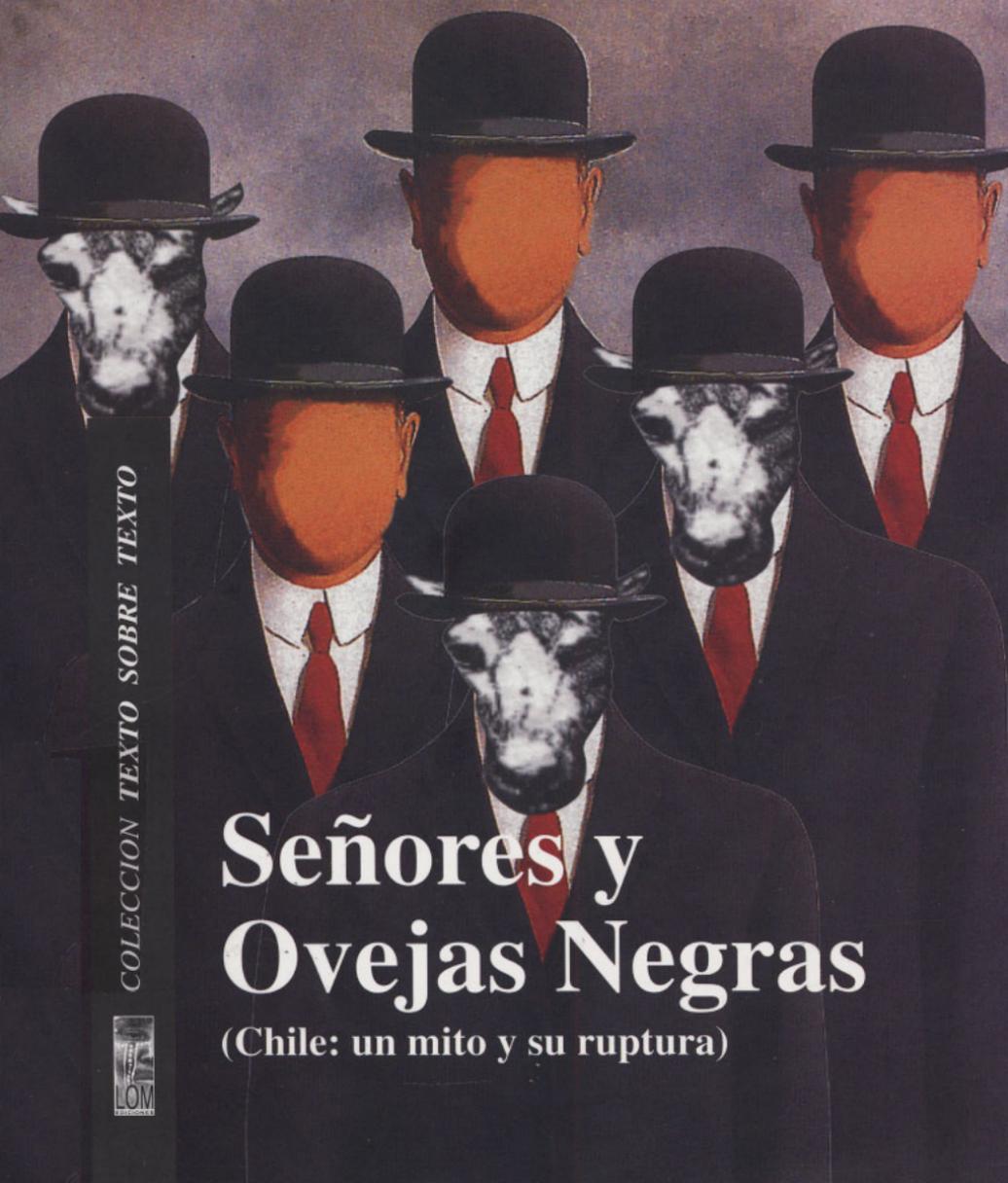


J A I M E

V A L D I V I E S O



COLECCION TEXTO SOBRE TEXTO

Señores y Ovejas Negras

(Chile: un mito y su ruptura)



IV. Pablo Neruda: Identidad nacional y conciencia latinoamericana

Introducción

Desde los comienzos de nuestra independencia política de España, nuestro espíritu pareció quedar flotando entre dos aguas, en una búsqueda constante por encontrarse a sí mismo. Debilidad ésta que fue rápidamente aprovechada por el imperialismo inglés emergente para imponernos una fórmula comercial que detenía y dificultaba este necesario proceso de identidad histórica y cultural: la economía librecambista. Ponchos, botas, toda clase de artículos de cuero y de lana llegaban desde Inglaterra a la Argentina, a precios mucho más convenientes que los fabricados en ese país.

En nuestra propia tierra ocurrió otro tanto: nada más fatal resultó para uno de los pioneros del nacionalismo, Vicente Pérez Rosales, etiquetar su próspero negocio de "coñac francés" (aunque hecho en Chile), cambiándolo con el rótulo de "coñac chileno"¹.

Primero, sometidos económica y políticamente a Europa, y luego a los Estados Unidos, no hemos adquirido aún una conciencia de nuestro espíritu, de nuestra historia, de la especial vertiente de nuestra cultura: el mestizaje, donde se mezclan lo europeo y lo indígena, concepciones de vida, símbolos, idiomas, tradiciones y representaciones que han encontrado su más auténtica expresión en el arte.

Una cultura cuyas características señalaron muchos pensadores, desde Bolívar y Andrés Bello, al hablar del Nuevo Mundo.

Desde entonces, muchos escritores han asumido la tarea de crear, fundamentar y desarrollar esta conciencia. José Martí, en agudas y tenaces páginas, como vimos, insistía en que "la universidad de Europa ha de ceder a la universidad americana". Palabras que luego recoge una de sus herederas, tanto en el espíritu como en el verbo. Gabriela Mistral, refiriéndose específicamente a nuestro país: "Yo no sé que haya mejor empleo de nuestras potencias que decir el terrón natal". Por esos mismos años, el poeta Pablo de

¹ Pérez Rosales, Vicente. *Recuerdos del pasado*. Ed. Zig-Zag 1958. Santiago. Chile.

Rokha indaga con avidez y potencia rabelesianas en los mejores jugos de nuestra tierra. Y poco más tarde, ese mismo afán aparece en Pablo Neruda, que desde muy joven se asignó esta misión, expresada con mayor evidencia a partir del *Canto General*, y en otros trabajos en prosa relacionados con su vida, y sus concepciones relativas a la literatura, al arte y a su propia obra, la búsqueda de una identidad nacional y latinoamericana que alcanzará su más alto sentido cuando pase a ser conciencia de todos.

Desarrollar, por lo tanto, este sentimiento, descubrir nuestros valores es una labor libertaria, histórica y política, tal vez la más importante a la que pueda aspirar un intelectual en nuestras tierras.

La voz de la tierra

Rodríguez Monegal ha titulado sabiamente un libro sobre Neruda: *El viajero inmóvil*,² indicando así que la atención del poeta, a pesar de sus múltiples viajes, de sus años en otros países, ha permanecido siempre en un mismo punto: el sur de Chile. Es decir, uno de los más universales de nuestros escritores vive con el rostro, como la mujer de Lot, clavado en el espacio donde se formó su espíritu:

“Para saber y contar y contar para saber... tengo que comenzar así esta historia de aguas, plantas, bosques, pájaros, pueblos, porque esto es la poesía, por lo menos mi poesía... Yo tendría unos diez años pero ya era poeta. No escribía versos pero me atraían los pájaros, los escarabajos, los huevos de perdiz. Era milagroso encontrarlos en las quebradas empavonados, oscuros y relucientes, con un color parecido al cañón de una escopeta. Me asombra la perfección de los insectos. Recogía la madre de la culebra. Con este nombre extravagante se designa el mayor coleóptero, negro, bruñido y fuerte, el titán de los insectos de Chile³.

Neruda fue un materialista, un dialéctico “avant la lettre”. Para él, asombrosa y aleccionadoramente, la poesía estuvo siempre antes, o por encima de lo puramente literario. A diferencia de Gabriela Mistral, que descubre en la naturaleza valores éticos, animistas, religiosos, Neruda sorprende con su carácter vital, germinativo: lo que nace, se desarrolla y muere. Su primera lectura fue la naturaleza, su primer borrador la imaginación, su primera pluma las ramas de algún árbol, o los finos élitros de un vibrante insecto, todo lo cual,

² Monegal Rodríguez, Emir. *El viajero inmóvil*. Ed. F.C.E. México.

³ Neruda, Pablo, *Obras completas*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1956.

más tarde, pasará a ser un elemento fundamental sobre la hoja del papel. Por eso, desde muy temprano, tiende a valorar el trabajo poético muy por encima de lo "puramente estético", a lo cual se refiere con cierto desdén:

"Es el poder de la edad o es, tal vez, la inercia que hace retroceder las frutas al borde mismo del corazón, o tal vez lo "artístico" se apodera del poeta y en vez del canto salobre que las profundas olas deben hacer saltar, vemos cada día al miserable ser humano, defendiendo su miserable tesoro de persona preferida"⁴.

Pero es sobre todo en su texto "Sobre una poesía sin pureza" donde se encuentran importantes claves sobre lo que es y será el más profundo y, a la vez, claro sentido de su poesía:

"Es muy conveniente en ciertas horas del día o de la noche observar profundamente los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales y minerales, los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y asas de los instrumentos del carpintero. De ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra *como una lección para el torturado poeta lírico* (cursivas por J.V.). Las superficies usadas, el gasto que las manos han infligido en las cosas, la atmósfera a menudo trágica y siempre patética de estos objetos, infunde una especie de atracción no despreciable hacia la realidad del mundo"⁵.

De ellos "se desprende el contacto del hombre y de la tierra". Primera clave de su visión americana: la relación de los objetos con el "hombre y con la tierra". Nos revela su concepto de la realidad y de la poesía: su sentido dinámico, visual, táctil, su atracción por los objetos 'vinculados' al trabajo del hombre: objetos que se gastan y adquieren suavidad por el contacto de la mano, de la piel del hombre. Gracias a ellos el poeta se salva de la soledad, de una visión idealista, abstracta, solipsista del mundo. Las herramientas, las ruedas, sacos, barriles, cestas, asas y mangos, tal como el hombre, tienen una historia y una vida propias y adquieren valor y sentido en su contexto social y económico: el trabajo. El sentido americanista de su poesía nace de una primera lectura de la naturaleza y de los objetos vinculados a la actividad humana:

"Tal vez de todas estas plantas, soledades, vida violenta, salen los verdaderos, los secretos, los profundos tratados de poesía, que nadie puede leer porque nadie los ha escrito. Se aprende la poesía paso a paso entre las cosas y los seres, sin apartarlos, sino agregándolos a todos en una ciega extensión de amor"⁶.

⁴ Neruda. Ibid.

⁵ Neruda. Ibid.

⁶ Neruda. Ibid.

Un libro misterioso y los pájaros de Chile

Conocí a Neruda una fría mañana de fines de agosto en su casa, "La Chascona", junto al cerro San Cristóbal. Una niebla trasparente y movедiza cubría el sol. Toco el timbre en una puerta a la calle. Al cabo de unos minutos surge el rostro frágil y tímido de una muchacha que mantiene la puerta entreabierta. Debo insistir en que tengo una entrevista con "don Pablo". Él ya sabe y me espera. Desaparece. Vuelve a los pocos momentos y más confiada abre la puerta y me conduce por el borde de un pequeño patio, hasta una larga sala, hacia la calle, a la derecha de la puerta de entrada. Se trata evidentemente del comedor, con una mesa redonda en un extremo y una rectangular en el medio. Veo gran cantidad de sillas; colgados de la pared, veo viejos mapas de América del Sur, un arpón, diversas repisas con figuras de madera, de greda, de artesanía popular y una corrida de botellas. Pero también veo botellas en el suelo de diferentes formas, tamaños, colores.

Regresa la niña diciéndome que puedo pasar a su cuarto, el señor está en cama, me espera en su dormitorio. La sigo a través de un pequeño patio, entre plantas y árboles, y luego por una escalera que asciende entre ramas y plumas rojas y verdes de unos papagayos. Cuando estoy a punto de llegar al último escalón surge una llamarada: es el cabello pelirrojo de Matilde, mujer del poeta, quien mientras baja apresurada me indica que suba, suba, hasta otro pabellón, aún más alto, más arriba. Atravieso otra sala llena de objetos insólitos, barcos en botellas, extraños candelabros de greda, curiosos sillones de mimbre, bolas de vidrios de colores y redes de pescadores, un retrato de Matilde con dos perfiles, el de ella y el de Neruda, pintado por Diego Rivera. Diviso un jardín suspendido, como emergiendo del cerro y los tejados de las casas vecinas, a través de un amplio ventanal. Vuelvo a escuchar el áspero grito de los papagayos. Continúo subiendo, abriendo y cerrando puertas, desplazándome por inesperados recovecos, hasta llegar a una nueva puerta que supuse sería la definitiva. Golpeo y una voz me dice: "pase".

Abro y allí está el poeta "in vivo", sumergido bajo una amplia piel café, desde la cual me alarga una mano pequeña y benévola. Su rostro violáceo surge como desde el fondo de una planicie, mientras dos ojos menudos y penetrantes me indican una silla, pegada al lecho. Este, más que una amplia cama destinada al sueño o al reposo, se parecía a una embarcación. Sugería esto una hermosa cascada, al frente, detrás de un gran ventanal. Pensé que sólo faltaba una vela en el medio para que el poeta hubiese sido el más perfecto navegante solitario. Todo allí parecía irreal, lleno de potencialidades cinéticas. Temí que, en cualquier momento, el poeta y yo, partiéramos aguas arriba.

Sin preámbulos se inició una serena y amable conversación. Sobre el cobertor de piel había dos libros; uno, acerca de los pájaros de Chile; el otro, una bellísima y extraña edición de la novela *El Gran Meaulnes* de Alain Fournier. Hago alusión a la belleza de las ediciones, y luego la conversación deriva hacia nuestra propia realidad: la necesidad de conocer la tierra, el pueblo, las diversas regiones, las aves, los árboles, las leyendas. Yo había publicado mi primer libro y escuchaba con fervorosa avidez todo lo que suponía debía interesarme. Vuelve a los libros. Me indica con codicioso orgullo las láminas en colores representando los diferentes pájaros de nuestro país: el tordo, la loica, la tenca, la diuca, el jilguero. Le pregunto sobre el ejemplar del *Gran Meaulnes*. Es una edición de lujo, una de las cinco o seis que ha comprado en París. Admira a ese autor por su vida y por su obra inquietante y misteriosa, por esa única obra que dejó, antes de morir en la Primera Guerra. Dos libros, dos símbolos, pienso: nuevo y viejo mundo, naturaleza y cultura, mundo concreto y mundo imaginario, lo europeo y la vernáculo, lo particular y lo universal en perfecta simbiosis: el mestizaje cultural americano.

Pronto pasa más de una hora y el objeto de mi visita, una carta de presentación para un crítico en Londres, se me había borrado. La conciencia me vuelve culpable y me retiro.

De regreso de Europa, nos vimos otras veces en esa misma casa y en la de Isla Negra. Siempre era fascinante descubrir nuevos aspectos de su relación con la naturaleza y los objetos que lo rodean. Desde luego, estos no sólo cumplen una función decorativa, emocional, cultural, sino vital, fisiológica. Neruda sin objetos se encontraría solo, en un vacío, y por eso comienza pronto a secretarlos; es el origen de sus múltiples colecciones: libros, conchas marinas, vasos, mascarones de proa, toda clase de viejos artefactos. "La cultura está en las cosas que quedan", me dijo un día.

Noté con cierta sorpresa que no todo era poesía y ambigüedad. Llegado el momento de analizar la sociedad, los movimientos históricos, las acciones y reacciones de los grupos y de los hombres, Neruda actúa con una rigurosa concreción: posee la mente organizada de un "businessman".

En cambio, nadie más endiablamente hechicero frente al mundo de las apariencias. Dentro de los dominios donde ejerce su magia, se superpone una nueva dimensión de los hombres, del espacio y las cosas, los cuales se cargan de inesperadas, desconocidas sugerencias, y se engranan unos en otros, formando un sistema, una nueva organización de la realidad ante el cual la habitual y cotidiana aparece magra y vacía. El acto de comer, de beber, de cambiar ideas, las transforma en algo distinto e irreal. En su casa se sirve comida de los cuatro puntos cardinales

y de todas las latitudes. El mestizaje culinario se daba allí igualmente en perfecta simbiosis: los piñones araucanos, el jabalí, el risotto italiano, el pescado hecho con el calor del humo de un horno chino. Los platos, las copas, los jarros para el vino, los vasos para el cóctel o el bajativo ofrecen siempre una especial característica: los azules vienen de Rumania o de Venecia, los rojos de Praga, los verdes de un hábil maestro chileno que fabrica vasos de viejas botellas.

Neruda es curiosamente renuente a hablar de literatura, de cosas abstractas; se diría que lo aterra perder el contacto con el mundo concreto. Sin embargo, conoce a Proust de memoria y a poetas ingleses y franceses de segunda y tercera fila. En cuanto a los chilenos, recita de memoria a Carlos Préndez Saldías, Daniel de la Vega o Augusto Winter. Años después, releendo a Proust, descubrí una vez más que la vida también se alimenta de la literatura, ya que Neruda trasponía a ciertos hábitos y estilo en Isla Negra lo que hacía uno de los personajes de *En Busca del tiempo perdido*. Se relaciona con la forma de movilizar a sus amigos en el momento del aperitivo para que en distintos instantes mediante bancos ubicados en sitios estratégicos disfrutaran de diferentes puntos de vista del mar o de la costa. La conversación y el sabor del trago, adquiriría cierto sortilegio al seguir la línea de específicos ángulos desde los cuales se perfilaban las alas de las gaviotas o una determinada roca marina. Él me enseñó a descubrir el rayo verde que emite el sol en los últimos segundos antes de sumergirse en el mar.

La Vega Central y el descubrimiento de la dimensión social y original del hombre americano

De pronto, en una tarde de invierno, a Neruda se le revela la dimensión social, tanto del hombre chileno como el de todo un continente. Dejaremos que él nos explique este fenómeno:

“Casi todos ustedes conocen la Vega Central.

Yo también la conocía. Había ido con muchas otras gentes de la ciudad a comprar tomates o esteras o pisos.

Allí siguen vendiéndose esos hermosos pisos de totora y las gredas de Pomaire y de Quinchamalf. Más adentro se ven montones de repollos, ríos de choclos, cordilleras de papas.

—Yo adoro los mercados. Lo primero que hice en Shanghai fue irme al mercado. Lo mismo hice en Martinica, en Colombo y en Batavia. Los mercados tropicales nos derrotan por fuera como las mariposas y los poetas del trópico.

Todo tiene color violento y turbador aroma.

Pero nuestros mercados, nuestras ferias, desprovistas del esplendor ecuatorial, tienen sólidos y sabrosos tesoros, gloriosos frutos de tierra y mar australes.

Reconozco que como me pasaba antes, como suele pasarnos, miré mucho las frutas y las legumbres ilustres de nuestra Vega Central. Sin ver hombres ni mujeres. Nunca me había fijado en la muchedumbre de gente que transporta, que sube y baja con los sacos, que pulula y se derrama junto a la catedral de la verdura.

Hasta que un día en 1938 tuve una revelación de esas que debo confesar aquí.

Yo volvía de España. Me invitaban de sitios muy diversos para dar una charla, para escucharme. Había curiosidad, esa bendita e inextinguible curiosidad de los chilenos por conocer y saber.

Un día de invierno había llegado a mi casa dispuesto a meterme a la cama, cansado y con frío, cuando me di cuenta que a esa misma hora me estaban esperando para escucharme en alguna parte.

Rápidamente tomé mi sombrero y mi abrigo, el libro mío que tuve más a mano. Di el papel en que estaba anotada la dirección a un amigo que me llevó con rapidez al sitio en que me esperaban.

Era la Vega Central. Cuando entré al local del sindicato tuve un momento tremendo de vacilación. Me di cuenta de que estaba entre los cargadores de la Vega y que yo no estaba preparado para hablarles.

Tuve la misma sensación que hacía años me había perturbado en Madrid, cuando nos invitaron en la universidad a Federico García Lorca y a mí, a leer nuestros últimos versos a los alumnos de literatura. Federico había preparado cuidadosamente su discurso, en que me presentaba. Cuando subimos a la tribuna nos dimos cuenta de que estábamos rodeados, no por un público literario, sino por centenares de colegiales de preparatorias que hacían un ruido infernal.

Federico se levantó para hablar y rápidamente me dijo al oído: "Pablito, qué disparatón".

Aquí frente a los cargadores de la Vega, yo no tenía a nadie a quien susurrarle nada.

Me senté frente a ellos. Sólo tenía mi libro "España en el corazón" conmigo. Frente a mí veía los rasgos duros de sus rostros, sus tremendas manos sobre el respaldo de las bancas. Casi todos tenían puestos sacos terreros a manera de delantales. Bajo los bancos divisé cantidades de ojetas.

No se me ocurría qué decirles. Comencé a leerles el libro que llevaba conmigo. Les leí aquellos versos de la guerra de España en que tanta pasión y tantos dolores se había depositado. Pasé de un verso a otro. Leí casi todo el libro.

Yo nunca he pensando que "España en el corazón" fuera un libro fácil. Está allí el interés hacia el mundo del hombre, hacia la verdad ensangrentada por el martirio. Pero el nudo de la oscuridad se está empezando a cortar solamente.

En aquel sitio comprendí que debía cortar en definitiva con muchos prejuicios.

Sin embargo, continuaba leyendo. Sentí de pronto una terrible impresión de vacío. Los cargadores me escuchaban en un silencio riguroso.

Los que no han estado en contacto con nuestro pueblo no saben lo que es el silencio del chileno. Es el silencio total, no sabes tú si es el de la reverencia o el de la reprobación absoluta. Ninguna cara te dice nada. Si quieres pescar un indicio flotante estás perdido. Es el silencio más pesado del mundo. Es un silencio de mahometanos meditando en el desierto.

Terminé la lectura de mis versos. Entonces se produjo el hecho *más importante de mi carrera literaria* (cursivas por J.V.). Algunos aplaudían. Otros bajaban la cabeza. Luego todos miraron a un hombre, tal vez el dirigente sindical. Este hombre se levantó igual a los otros con su saco a la cintura, con sus grandes manos en el banco, mirándome me dijo: "Compañero Pablo, nosotros somos gente muy olvidada, nosotros, puedo decirle, nunca habíamos sentido una emoción tan grande. Nosotros queremos decirle...".

Y rompí a llorar con sollozos que lo sacudían. Muchos de los que estaban junto a él también lloraban. Yo sentí la garganta anudada por un sentimiento incontenible.

Se habla mucho de si la poesía debe ser esto o aquello, si debe ser política o no política; pura o impura.

Yo no sé leer estas discusiones. No puedo tomar parte en ellas.

La retórica y poética de nuestro tiempo no sale de los libros.

Sale de estas reuniones desgarradoras en que el poeta se enfrenta por primera vez con el pueblo. No se trata de que nadie le exige nada. Cuando yo leo las observaciones sobre mi poesía tengo que poner en la balanza muchos hechos. Sería largo contarlos.

¿Qué página puede pesar más en esta balanza que esa impresionante reunión humana?

Comencé entonces a pensar no sólo en la poesía social. Sentí que estaba en deuda con mi país, con mi pueblo.

Mi primera idea del *Canto General* fue solo un canto chileno, un poema dedicado a Chile.

Quise extenderme en la geografía, en la humanidad de mi pueblo, definir sus hombres y sus productos, la naturaleza viviente.

Muy pronto, me sentí complicado, porque las raíces de todos los chilenos se extendían debajo de la tierra y saltan en otros territorios. O'Higgins tenía raíces en Miranda. Lautaro se emparentaba con Cuauthémoc. *La alfarería de Oaxaca tenía el mismo fulgor negro de las gredas de Chillán.* (Cursivas por J.V.)

1810 era una fecha mágica. Fue una fecha común a todos, un año general de las insurrecciones, un año como poncho rojo de rebelión ondulando en todas las tierras de América.

Cuando pasé por el Alto Perú fui al Cuzco, ascendí a Macchu Picchu.

Hacía tiempo que yo había regresado de la India, de la China, pero Macchu Picchu es aún más grandioso.

Todas las civilizaciones de los manuales de historia nos hablan de Asiria, de los arios y de los persas y sus colosales construcciones.

Después de ver las ruinas de Macchu Picchu, las culturas fabulosas de la antigüedad me parecieron de cartón piedra, de papel maché.

La India misma me pareció minúscula, pintarrajeada, banal, feria popular de dioses, ante la solemnidad altanera de las abandonadas torres incásicas.

Ya no pude segregarme de aquellas construcciones. Comprendí que si pisábamos la misma tierra hereditaria, teníamos algo que ver con aquellos altos esfuerzos de la comunidad americana, que no podíamos ignorarlos, que nuestro desconocimiento o silencio, era no sólo un crimen, sino la continuación de una derrota.

El cosmopolitismo aristocrático nos había llevado a reverenciar el pasado de los pueblos más lejanos y nos había puesto una venda en los ojos para no descubrir nuestros propios tesoros. (Cursivas por J.V.)

Pensé muchas cosas a partir de mi visita al Cuzco. Pensé en el antiguo hombre americano. Vi sus antiguas luchas enlazadas con las luchas actuales.

Allí comenzó a germinar mi idea sobre el *Canto General* americano⁷.

⁷ Neruda. Revista "Aurora" No 1, Julio, 1954. "Algo sobre mi poesía y mi vida". Santiago de Chile, pp 11-12.

Nos decidimos a transcribir esta larga cita por varios motivos: Primero, porque por alguna misteriosa razón no figura en ninguna de las ediciones de sus obras completas. Segundo, porque Neruda explica en ella los orígenes éticos, sociales y emocionales, su paso del hombre individual al colectivo, del regionalismo al mundo americano, al hombre no sólo actual, sino al que existió en el pasado y nos explica el presente. Tercero, porque ambos párrafos subrayados revelan, por una parte, el elemento crucial de la vertiente de nuestro mestizaje (nuestras raíces comunes con las culturas precolombinas) y, por la otra, descubren una vez más los subterfugios de la oligarquía nacional cosmopolitista para hacernos reverenciar “los pueblos más lejanos” y nos había puesto una venda en los ojos para no descubrir nuestros propios tesoros”, origen, por lo demás, de nuestro desdén por todo lo indígena y la creación del empecinado y voluptuoso mito de nuestra civilidad y cultura europea. Chile (como en esos años en que descubrí primero el sentido americanista de mi identidad en el Instituto Pedagógico), aparecía aquí, por la voz de un gran poeta y permanente preocupado de los problemas étnicos e históricos de su país y de América, unido a los orígenes de los demás países de América. (Es curioso que en un reciente coloquio sobre el ensayo, cuyo panel trató sobre la existencia o no de un pensamiento original en Chile, uno de los panelistas objetara la referencia al aporte de Neruda de alguien del público argumentando el excesivo culto y mitificación de su persona).

Pero existe otra parte importante en este mismo trabajo que conviene subrayar:

“Al pasar la cordillera en aquellos días, ayudado, como mi libro, por la insuperable fraternidad, pensé en que a pesar de todo mi amor por las plantas y los árboles que me rodeaban, no había ayuda en ellos. El hombre es lo central. *Es el hombre el acontecimiento*” (Cursivas por J.V.)⁸.

Esto marca el tránsito de una etapa de atracción por la naturaleza (la de los años de la niñez y adolescencia) y privilegio del hombre individual al hombre social, al hombre de aquí y el de todas partes; al hombre universal, pero enraizado en un pasado de raíz americana, indígena.

En Neruda, como vemos, todo surge de situaciones vitales, concretas, tal como le sucedió con la experiencia de la Vega: “la retórica y poética de nuestro tiempo no sale de los libros”.

La experiencia de la guerra civil española trasmutada en la bella poesía de *España en el corazón* sacó a Neruda de su lirismo otoñal y torturado,

⁸ Neruda. *Obras completas*.

haciéndolo tomar conciencia de su responsabilidad en la historia. Las "revelaciones" de la Vega Central, del Cuzco y Macchu Picchu, por su parte, lo hacen meditar y descubrir las raíces americanas, indígenas, origen de nuestra "cultura mestiza".

Después lo eligen senador, es exonerado y perseguido, y mientras va de casa en casa y de pueblo en pueblo escribe su *Canto General*, en el cual incorpora un vasto conocimiento de la historia, la geografía, flora y fauna, todo organizado dentro de una concepción dialéctica de las luchas por la justicia y la dignidad del hombre.

Su lectura de Chile y del pasado literario

El 30 de marzo de 1962, la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile recibió a Pablo Neruda en calidad de nuevo miembro académico.

Su discurso de incorporación se titula sugestivamente "Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra"⁹, que es como decir, la tierra, el aire y vuelta a la tierra.

Pocos como Mariano Latorre, maestro del costumbrismo, amaron y descubrieron nuestro territorio. Con paciencia de benedictino hizo el recuento minucioso de nuestra geografía. El naturalismo le había facilitado sus más afiladas armas: flora, fauna, costumbres, lenguaje, leyendas y supersticiones, mitos, hicieron vibrar su pluma, situando al hombre de Chile en un espacio y tiempo concretos. Es esto lo que exalta precisamente Neruda, resaltando las implicaciones políticas y anticolonialistas de una postura que desarrolla la conciencia y la identidad nacional:

"La claridad de Mariano Latorre fue un gran intento de volvernos a la antigua fragancia de nuestra tierra".

A Mariano Latorre, maestro de nuestras letras, le corresponde este papel ingrato de acribillarnos con su claridad.

En un país en que persisten todos los rasgos del colonialismo, en que la multitud de la cultura respira y traspira con poros europeos tanto en las artes plásticas como en la literatura, tiene que ser así. Todo intento de exaltación nacional es un proceso de rebeldía anticolonial y tiene que disgustar

⁹ Neruda, Pablo; Parra, Nicanor. *Discursos*. Ed. Nascimento. Santiago 1963.

a las capas que *tenaz e inconscientemente preservan la dependencia histórica* (cursivas por J.V.)¹⁰.

¿No son éstas las mismas palabras de José Martí y de Gabriela Mistral respecto a la misión del escritor? Y en otra parte del mismo discurso, Neruda emplea conceptos semejantes a los de Gabriela sobre la necesidad de bautizar, de fundar la realidad por medio de la palabra y la imaginación.

“En *La Araucana* no vemos sólo el épico desarrollo de hombres trabados en un combate mortal, no sólo la valentía y la agonía de nuestros padres abrazados en el común exterminio, sino también la palpitante catalogación forestal y natural de nuestro patrimonio. Aves y plantas, aguas y pájaros, costumbres y ceremonias, idiomas y cabelleras, flechas y fragancias, nieve y mareas que nos pertenecen, todo esto tuvo nombre por fin en *La Araucana* y por *razón del verbo* (cursivas por J.V.) comenzó a vivir. Y esto que recibimos como un legado sonoro era nuestra existencia que debíamos preservar y defender”¹¹.

Neruda como la Mistral, como muchos otros grandes escritores latinoamericanos conscientes de su origen y de su misión, tienen presente el valor de la palabra que *nombra y funda* como el instrumento más valioso para establecer una identidad y una tradición.

Luego de rendir tributo a Pedro Prado, esa refinada y erudita figura de nuestra alta burguesía que deslumbró sus ojos de melancólico y modesto provinciano, expresa una vez más su actitud opuesta a lo “puramente artístico”:

“Mi disconformidad con Prado se basó casi siempre en otro sentido de la vida y en planos casi extraliterarios que siempre tuvieron para mí mayor importancia que tal o cual problema estético”¹².

En la última parte vuelve a su “propia sombra”, a la más importante de sus “residencias”: la tierra, el sur de Chile, que es presencia constante en toda su obra:

“Pero mi libro más grande, más extenso, ha sido este libro que llamamos Chile. Nunca he dejado de leer la patria, nunca he separado los ojos del largo territorio”¹³.

Y poco a poco este “viajero inmóvil” se hace cada vez más “movedizo”, pero dentro del territorio de Chile, de manera que todo lo que no se relaciona con su propio suelo se le vuelve remoto y ajeno:

¹⁰ Discursos.

¹¹ Discursos.

¹² Discursos.

¹³ Discursos.

“En alguna calle de París, rodeado por el inmenso ambiente de la cultura universal y de la extraordinaria muchedumbre, me sentí solo como esos arbolitos del sur que se levantan medio quemados, sobre sus cenizas. Aquí siempre me pasó otra cosa. Se conmueve aún mi corazón —por el que ha pasado tanto tiempo— con esas casas de madera, con esas calles destartaladas, que comienzan en Victoria y terminan en Puerto Montt, y que los vendavales hacen sonar como Guitarras”¹⁴.

A través de ese discurso, propio de un espíritu y de un estilo que no pretende deslumbrar, pero que, no obstante, ilumina con una inteligencia y sabiduría profundas los más significativos rincones del hombre de nuestras tierras y de la creación artística, se mezclan experiencias sociales, humanas y literarias, concepciones de la poesía y del mundo, de la historia y de la sociedad que adquieren para los que venimos a continuación un valor capaz de guiar e incitar nuestro trabajo y nuestra fe.

Neruda es igualmente ejemplo de esos pocos escritores no afectados por la inseguridad cultural del subdesarrollo que, con frecuencia, se expresa en una necesidad constante de manifestar erudición. En esto se asemeja, sin pretenderlo, a los grandes escritores europeos como Thomas Mann, André Gide, Paul Valéry, que resultan por una asimilación natural a la cultura completamente antilibrescos:

“Cuando rehuí primero por vocación y luego por decisión toda posición de maestro literario, toda ambigüedad de exterior que me hubiera dejado en trance perpetuo de exteriorizar y no de construir, comprendí de una manera vaga que mi trabajo debía producirse en forma tan orgánica y total que mi poesía fuera como mi propia respiración, producto acompasado de mi existencia, resultado de mi crecimiento natural”¹⁵.

Hemos querido transmitir a través de estas reflexiones la significación de una obra como formadora de conciencia y conciencia ella misma de nuestra “cultura mestiza” en un momento de profunda crisis de nuestra identidad; en medio de la insistencia de un nacionalismo emblemático y castrense, exterior, populista, que nada tiene que ver con nuestro espíritu ni con nuestra tradición, cuando nuestra existencia pública permanece aún dentro de los marcos de un verbalismo economicista, autocomplaciente y enajenante que impide todo auténtico encuentro con nosotros mismos.

¹⁴ Discursos.

¹⁵ Discursos.

Es imprescindible destacar la importancia de un poeta como forjador de una conciencia nacional, tal como lo fueron Homero, Virgilio, el poeta anónimo del Cid, Walt Whitman, José Martí y Gabriela Mistral.

Responsabilidad y vocación de profunda chilenidad y espíritu americanista, son los signos que han guiado el trabajo de los anteriores poetas, desde sus primeros años hasta el momento mismo de su muerte.

Conclusión

Dijimos que este ensayo se proponía ser reiterativo. Y creo que lo hemos logrado. Se trataba nada menos que de aplicar la lógica de que todo extremo engendra su contrario. A una larga y estupefaciente tradición de "democracia", de "civilidad" y de "europeísmo", le hemos opuesto otra reiteración (desgraciadamente no tan larga, ya que la extensión de un texto es mucho menos que la de los años en los cuales una clase insistió en una determinada falacia), de signo contrario: la reiteración de que no hemos sido "precisamente" la democracia de la cual nos enorgullecíamos. Basta observar durante este gobierno que tanto los partidos como las personas que se decían demócratas, cuando vieron amenazados sus intereses, apoyaron y aún continúan apoyando un gobierno dictatorial que ha barrido con las más elementales normas de la democracia. La reiteración, en fin, de que no hemos sido la "república civilista modelo", ya que la larga historia de fraudes electorales, tal como recuerda José Donoso en *El jardín de al lado*, de represiones y asesinatos, es una realidad de nuestro pasado.

No somos los "europeos" que hemos pretendido ser y por lo cual nos sentíamos tan complacidos al compararnos con el resto del continente mestizo. Pero, ¡jojo!, europeos y, por lo tanto, superiores, ya que este adjetivo implica claramente una negación del indio, del mestizo y de su cultura, origen, sin duda, del acendrado clasismo de nuestra oligarquía, de su arraigado espíritu conservador, paternalista y feudal, como tan agudamente lo vio Pueyrredón en su carta a San Martín.

Y, sobre todo, hemos querido demostrar cómo este clasismo y señorío oligarca hunde sus raíces en el momento mismo de la Conquista y luego se legitima con la aparición de la aristocracia castellano-vasca y sus doscientas familias que contabilizó el padre Olivares, dueñas de la tierra y de la economía desde mucho antes de la independencia. Y cómo este clasismo se proyectó en la historiografía y en la narrativa de origen burgués, desde Blest Gana hasta

algunos de la generación del 50, y cómo es, en este caso, el clasismo de una determinada clase, es posible detectarlo allí donde a otro nivel la obra es progresista y crítica, como en el caso de Blest Gana y Orrego Luco. En este determinado respecto las opiniones del narrador no son entelequias extraídas *ex nihilo*, sino que corresponden a un determinado aspecto de la ideología que funciona a nivel inconsciente. De otra manera la literatura no tendría nada que ver con el espíritu y la ideología del escritor, sólo con un supuesto reino de la fantasía, sin conexión con la historia, con la biografía profunda del autor. Una obra así correspondería a la divisa de Montesquieu en *El espíritu de las leyes*, a "*prolem sine mater creatam*" (hijo nacido sin madre), lo cual es enteramente falso. No podemos pensar que las opiniones vertidas por Blest Gana, Orrego Luco, Eduardo Barrios, Donoso o Edwards, ya sea a través de los personajes o de narradores, sean meras proyecciones de su fantasía, meras coincidencias del azar que nada tendrían que ver con el hecho de haber sido formados en una determinada clase.

Por lo demás no son ellos, ni los personajes los que hablan, es la ideología que habla a través de ellos.

Finalmente, queda en claro la falsedad de nuestro europeísmo como lo demuestra la obra de nuestros dos premios nóbeles, cada uno de los cuales representa lo más esencial y característico de la cultura latinoamericana: el indio en Gabriela Mistral, y el mestizo en Neruda.

Tal vez con una nueva actitud hacia nuestro pasado y con una más clara conciencia de los mitos que la han encubierto y tergiversado, podamos rectificar esos "fundamentos delirantes de nuestra identidad nacional", como lo vio claramente el escritor Hernán Valdés, aspecto que, unido a nuestro clasismo, ha tenido serias repercusiones en estos últimos años, ya que enquistados en nuestro inconsciente han influido en más de alguna medida en la prolongación igualmente "delirante" de nuestra dictadura, la que aprovechó hábilmente para sus fines nuestra tradicional tendencia individualista, excluyente e insolidaria, consecuencias de una estratificación social donde se marcan claramente las diferencias, como ya aparecen en "*Martín Rivas*", de una clase alta, una media y una baja, que codifican sus sentimientos, sus representaciones y sus modos de vida en departamentos estancos que nos separan y nos dividen, y nos impiden romper unidos el cerco de una historia y de un pasado donde la falsedad y los prejuicios han suplantado a la verdad.

Sólo la revisión crítica del pasado y su instalación en la conciencia colectiva, tal como lo hace la técnica de psicoanálisis (a nuestro país también habría que tenderlo en el sillón del paciente), nos permitirá salir de la trampa

de los espejismos de los mitos “delirantes de nuestra identidad”, ya que nuestra historia, como lo dice el sabio epígrafe de Carl Marx, sólo la hacemos de acuerdo al legado recibido:

“Los hombres hacen su propia historia pero no la hacen a su antojo, bajo circunstancias elevadas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado”.